

Battista MONDIN, *Una nuova cultura per una nuova società. Analisi della crisi epocale della cultura moderna e dei progetti per superarla*, Milano, ed. Massimo («Problemi del nostro tempo», n. 49), 1981, 352 pp., 13 × 20.

El prof. B. Mondin, bien conocido por sus numerosas publicaciones sobre antropología y sobre cuestiones de actualidad filosóficas y teológicas, nos presenta en este último libro un nuevo proyecto cultural para contribuir a superar la crisis de la cultura moderna, denunciada por tantos autores de las más diversas tendencias. «Son tres las razones que me han movido a lanzar este proyecto cultural: la crisis gravísima que está atravesando la cultura moderna; el estudio filosófico (y teológico) que desde hace algunos años estoy realizando en torno a la cultura y sus propiedades; y la deuda cultural que los mayores tenemos con los jóvenes. A partir del estudio de la cultura y sus propiedades he llegado al convencimiento de que una nueva cultura, fundada sobre sólidas bases morales y religiosas, es necesaria y urgente para sacar a la sociedad de la disgregación cultural en la que ha caído. Pero sobre todo es una deuda que tenemos con los jóvenes, que sin unos principios ético-religiosos seguros que den un sentido a su existencia, se encuentran expuestos a un vacío interior espantoso, incolmable, que en vano tratan de evitar con la droga, el sexo y la violencia» (p. 339). Estas líneas de la conclusión reflejan muy bien la intención del autor y la importancia y urgencia de una obra de este tipo.

No se trata, sin embargo, de la mera exposición de un programa práctico, sino de un estudio profundo que tiene como base una filosofía de la cultura, y que descende a las propuestas concretas desde la consideración de los principios. De acuerdo con esta característica, los objetivos principales de la obra son: «1) análisis de lo que es esencialmente la cultura como forma espiritual de la sociedad; 2) examen de los síntomas y causas de la crisis de la cultura occidental; 3) análisis crítico de los proyectos laicistas y cristianos que se han propuesto para superar la presente crisis cultural; 4) elaboración de un proyecto de cultura capaz de proporcionar una nueva forma espiritual a la sociedad, que se inspire en el cristianismo y que tenga en cuenta a la vez las grandes conquistas de la época moderna» (p. 6). Nos encontramos, pues, ante una obra de envergadura, que pretende tratar el tema bajo todos sus aspectos y que va en busca de sus raíces más hondas.

La primera parte (pp. 17-147) se titula *Filosofía de la cultura* y estudia los temas fundamentales de esta realidad humana: el hombre como ser cultural, la definición de cultura, los elementos que la integran (lengua, costumbres, técnicas y valores), sus características (origen, forma y finalidad) y por último la doble valencia de la cultura, ya que como todo producto de la libertad humana posee un carácter moral y puede, por tanto, ser buena o mala. No es posible en esta reseña ofrecer una idea detallada de la riqueza de esta Filosofía de la cultura, pero sí llamar la atención sobre algunos puntos. El autor hace un sugestivo estudio sobre la función simbólica del cuerpo hu-

mano (pp. 24 ss.) que revela claramente su unión con el alma espiritual. En cuanto a la cultura del espíritu, subraya cómo ésta es una tarea de formación incesante que dura toda la vida (p. 38). Este es el aspecto más importante de la cultura: «la dimensión espiritual, la dimensión interior, la dimensión que se refiere al crecimiento del ser y no del tener» (p. 40). Mondin considera la definición de cultura de C. Dawson (la forma de la sociedad) como la más adecuada, completándola con el adjetivo «espiritual»: es «la forma espiritual de la sociedad» (p. 54). Entre los elementos que integran la cultura, el autor concede el primer puesto a los valores, que están jerarquizados en torno a los más fundamentales: los valores morales y religiosos. De ahí el siguiente juicio de Mondin: «La crisis de nuestra civilización con todas sus aberraciones y errores, es el resultado de la crisis de los valores querida por los padres del ateísmo moderno: depende de una consideración equivocada sobre lo que es primario en la jerarquía de valores» (p. 76, nota 28).

El autor admite un pluralismo cultural, pero lo distingue convenientemente del relativismo. «La sociedad contemporánea ha desperdiciado tontamente las fatigosas conquistas culturales de orden ético que las generaciones precedentes habían acumulado durante siglos de duro y paciente esfuerzo. Esas generaciones lentamente habían conseguido construir un patrimonio moral considerable que abarcaba virtudes como el respeto a la vida, la indisolubilidad del matrimonio, la castidad prematrimonial, la generosidad, la caridad hacia el prójimo, la sinceridad, el espíritu de sacrificio y otras. Nuestra generación ha echado al viento este precioso patrimonio y se ha hundido de este modo en una barbarie, que a juicio de muchos estudiosos es más alarmante que todas las barbaries precedentes» (p. 98). «Sólo quien ejerce la libertad dentro de los raíles de la moralidad se cultiva verdaderamente a sí mismo y realiza su propio ser de modo ordenado, es decir según sus exigencias espirituales y corporales. Por eso es necesario promover una auténtica cultura de la libertad, que debe proponerse dos objetivos. El primero es el de remover todos los obstáculos (que hoy han llegado a ser innumerables) que impiden o bloquean el camino de la libertad, creando a la vez un clima de libertad y nuevos espacios para su ejercicio. El segundo consiste en educar el hombre a la libertad: educarlo a una libertad a la *medida del hombre*, o para usar la expresión de Juan Pablo II, en conformidad con la *verdad del hombre*, teniendo en cuenta toda la realidad humana, física, psíquica y espiritual» (p. 121).

La segunda parte del libro (pp. 149-340) lleva por título *La crisis de la cultura moderna y los proyectos para superarla*. El prof. Mondin empieza diciéndonos qué entiende por cultura moderna: «Durante los dos últimos siglos, sobre todo gracias al desarrollo uniforme de la ciencia y de la técnica en todas las naciones occidentales, ha surgido un nuevo tipo de cosmopolitismo cultural que ha atenuado o eliminado completamente muchas diferencias existentes entre los pueblos de Europa (y sucesivamente del continente americano). A esta nueva cultura cosmopolita se le da el nombre de «cultura moderna» o también de «cultura occidental». Sus valores fundamentales vienen del

cristianismo, mientras que las técnicas derivan de las conquistas espectaculares de las ciencias físico-matemáticas. Esta cultura, nacida del connubio entre cristianismo y modernidad, en todos los campos (literatura, música, arte, filosofía, política, etc.) llegó al ápice de su desarrollo en el siglo XIX. Después inició su declive» (p. 152).

El autor describe la crisis actual tomando como hilo conductor los elementos integrantes de la cultura: crisis del lenguaje, de las costumbres, de la técnica y de los valores. Su análisis es profundo y valiente, sin miedo a descender a puntos muy vivos, como el siguiente: «En su fuga de la moralidad y en la perversión de las costumbres los ciudadanos encuentran la convivencia tanto de la sociedad como del Estado. La sociedad del consumo cultiva e incita su movimiento hacia el egoísmo, el erotismo y la violencia. Mientras los órganos del Estado, que han surgido para tutelar los principios fundamentales de la moral y del derecho, legalizan incluso los delitos más monstruosos, como el infanticidio y la eutanasia. Poniendo la libertad como valor supremo, la sociedad moderna tolera que el ejercicio incontrolado de la libertad por parte de unos pocos ofenda, mutile e incluso elimine la libertad de todos los demás» (pp. 162-163). «La razón fundamental de la crisis y del desmoronamiento de las costumbres hay que buscarla (...) en la crisis de los valores y, en último término, en la crisis de la religión y del cristianismo, porque, como hemos demostrado en la primera parte, la plataforma que sostiene los valores es la religión y en particular el cristianismo» (p. 163). En cuanto a la técnica, Mondín afirma que el «uso 'salvaje' de la tecnología mata al hombre en su elemento más noble, el espíritu» (p. 175), y por lo que se refiere a la crisis de los valores «la causa que ha tenido el mayor peso ha sido el pensamiento filosófico moderno, sobre todo el pensamiento ateo de Marx, Comte, Freud, Nietzsche y Sartre. Los valores espirituales y morales se han hundido cuando estos filósofos o los han derribado deliberadamente o han pretendido hacer del hombre su único y último fundamento. (...) Un humanismo absoluto, al no estar en condiciones de dar un fundamento a los valores, no puede dejar de llevar al nihilismo de todo valor, como de hecho ha sucedido. Es ésta la causa que más ha contribuido a poner en crisis la cultura moderna y su artífice, la sociedad occidental» (p. 179). Se llega así a lo que se ha llamado la «muerte del hombre» como consecuencia de la «muerte de Dios» proclamada por Nietzsche. Ese decreto de muerte hoy «encuentra su ejecución diaria: en la matanza física de los niños en el seno de la madre y en la matanza espiritual de jóvenes y adultos en el seno de la sociedad» (p. 182).

Nos encontramos ante una «crisis epocal»: «una época se está concluyendo, mientras se abre las puertas a una nueva época» (p. 184). Con esta afirmación el autor se une al coro de los que señalan la gravedad de la situación, pero no cae en el pesimismo: «Ya en el pasado la potencia salvífica de Cristo ha sido operante y ha sacado a la humanidad de crisis epocales aparentemente desesperadas (...). Para la humanidad del 2000 hay con seguridad una salida. Basta que los hombres que han tomado conciencia de los propios errores, confiesen sus culpas y después se pongan a trabajar con empeño para renovar

profundamente la cultura, según los criterios que la sana filosofía nos ha indicado y que Cristo nos ha revelado» (p. 187).

El autor analiza a continuación lo que llama «culturas fracasadas»: cientismo, liberalismo y marxismo. Estos proyectos nacieron en la segunda mitad del siglo XIX con la intención de curar la enfermedad que aquejaba ya la cultura moderna. Los tres «pretendían renunciar definitivamente a la componente religiosa, para promover sólo la técnico-científica sobre la base de un humanismo absoluto» (p. 190). La crisis actual demuestra que estos proyectos han fracasado claramente, aunque todavía sigan teniendo muchos seguidores. Por lo que se refiere al marxismo, la historia demuestra que «el comunismo no ha llegado a ser nunca la forma espiritual de ningún pueblo, ni siquiera del ruso» (p. 210); por otra parte, el mismo análisis de las teorías marxistas «demuestra claramente que el marxismo no podrá convertirse nunca en cultura en el sentido de forma espiritual de una sociedad: marxismo y cultura son dos fuerzas antitéticas, incompatibles» (*ibid.*).

Conscientes del fracaso de estos últimos intentos para superar la crisis, durante este siglo algunos autores han propuesto otros proyectos de una nueva cultura. Mondin analiza aquí tres proyectos laicistas (la «sociedad abierta» de K. Popper, la cultura del «ser» de E. Fromm y el camino del «límite» de N. Abbagnano) y tres de autores cristianos (la «nueva cristiandad» de Maritain, y las propuestas de R. Guardini y E. Mounier). No podemos seguir aquí con detalle el análisis de estos proyectos. Veamos sólo algunos juicios significativos.

Por lo que respecta a Popper, el autor considera positivos muchos de sus puntos, pero señala sus límites: «Popper no da orientaciones ni criterios ni contenidos al hombre para que pueda cultivarse plenamente a sí mismo. Tener fe en la razón no basta. La razón debe ser cultivada y es tarea de los maestros cultivarla presentándole la verdad sobre el mundo, el hombre, la sociedad, la historia, Dios. Cuán poco se interesa Popper de la cultura de la persona se ve si se tienen en cuenta los medios que propone para curar los males de la sociedad: no propone una educación moral, espiritual, interior, a los grandes valores, sino simplemente la extirpación de las miserias materiales, males físicos y desviaciones económicas que afligen a la sociedad. Su estrategia es prácticamente positivista, materialista y olvida que los males de nuestra sociedad son ante todo de orden espiritual, moral» (p. 222).

El proyecto de Fromm de sustituir la cultura del *tener* por la del *ser* contiene también muchos puntos acertados y atractivos; muchas de sus máximas «se inspiran claramente en textos del estoicismo y del cristianismo» (p. 231). Sin embargo, «la visión del mundo presentada por Fromm, manifiestamente atea, es absolutamente incapaz de sostener el peso de postulados tan nobles, difíciles y comprometedores. Sin Dios la vía del ser predicada por Fromm puede ser practicada como mucho por el miedo que actualmente produce el progreso en la línea del Tener, pero sin duda no por amor al Ser» (p. 231); por otra parte su concepción del Ser es decididamente vacía y sólo un postulado.

En cuanto a *El hombre proyecto 2000* de N. Abbagnano, Mondin piensa que no señala positivamente un camino, sino sólo unos errores

que se deben evitar (sobre todo el de no advertir la propia finitud); concretamente Abbagnano se queda en «un racionalismo agnóstico que proclama la finitud del hombre y considera el discurso sobre Dios sólo como posible (...) acaba expresando sólo una nostalgia, un deseo de una nueva vía» (pp. 237-238).

En cuanto a los proyectos de los tres autores cristianos mencionados, Mondin aprecia especialmente el esbozo de Maritain —sólo como esbozo—, considera demasiado apocalíptica la visión de Guardini y hace bastantes críticas a la posición de Mounier, que en algunos puntos sería «víctima de un complejo de inferioridad ante la modernidad» (p. 261).

En el último capítulo Mondin ofrece el esbozo de su proyecto de una «nueva cultura religiosa mundial» indicando los valores esenciales que habría que promover para ello: la religiosidad, la persona humana, la racionalidad, la verdad, la libertad, el trabajo, la justicia, el amor y solidaridad, la paz y la mundialidad. El autor ilustra de modo interesante y profundo el sentido y alcance de estos valores con consideraciones personales y con abundantes citas de documentos de los últimos Papas, en especial de Juan Pablo II. Quisiéramos entresacar algunos párrafos de especial interés. «Después de Cristo, la pretensión de construir una cultura simplemente laica, es decir sin Dios y sin Cristo, es antihistórica. Después de Cristo el hombre sólo puede ser fiel a sí mismo prestando fidelidad a Cristo y su cultura será auténticamente humana sólo si se convierte en cristiana. Después de la caída personal y colectiva de la humanidad, también la cultura ha estado siempre contaminada por el pecado (nunca ha existido una cultura inocente, perfecta e ideal). La pretensión de construir una cultura a medida del hombre, después de que el hombre ha perdido su propia medida, repite el pecado de los primeros padres, haciéndolo más grave porque es también el rechazo del don de la salvación (...). En la situación histórica actual poner la esperanza en una cultura equilibrada, ordenada y feliz, prescindiendo de Cristo, es una loca utopía» (pp. 271-272).

A propósito del valor libertad escribe Mondin: «La cultura de la libertad se propone formar hombres capaces de ese amor (a Dios y al prójimo). Ellos serán la levadura que hará fermentar la masa de la nueva sociedad» (p. 292). En cuanto a la justicia, leemos: «Pero la renovación de la cultura, además de la realización de la justicia social (distributiva y legal) exige también la de la justicia interior: la nueva cultura quiere que los hombres sean justos no sólo en las relaciones intersubjetivas, sino también en las subjetivas, personales. Hoy cuando se habla de justicia se tiene presente casi exclusivamente su dimensión social, y se ignora completamente la dimensión interior. Se olvida de este modo que para ser justo con los demás, el hombre debe ser ante todo justo consigo mismo» (p. 318). Una consideración parecida hace Mondin respecto a la paz al señalar la importancia «de promover la paz interior de las conciencias, orientándolas hacia la conquista de aquellos valores que corresponden a las exigencias más verdaderas y profundas de la persona humana y a su crecimiento en la dimensión del ser según la primacía del espíritu» (p. 335).

Terminemos esta presentación al público de habla castellana añadiendo que el libro es ordenado y claro, su estilo es ágil y revela un buen conocimiento de la bibliografía clásica y reciente sobre el tema de la cultura. Sin quitar méritos a la obra quisiéramos señalar también algunos puntos aislados que requerirían más matices. Así por ejemplo, en dos ocasiones (pp. 106 y 126) el autor afirma que parte de la responsabilidad de la crisis religiosa contemporánea hay que atribuirla al lenguaje usado por la Iglesia y los teólogos (las dos veces apoya esta opinión en una frase de Schillebeeckx). En otro momento habla del mérito de Bultmann y de su escuela por haber llamado la atención sobre los condicionamientos culturales de todo documento literario (cfr. p. 114), sin mencionar la errada aplicación de estas ideas a la Sagrada Escritura. También parece excesivo hablar de «la gran intuición» de Marx por haber visto el trabajo como actividad específica del hombre (cfr. p. 128), aunque luego critica su concepción. Si bien insiste en la función insustituible del cristianismo como sólido fundamento de los valores, en algún momento (cf. p. 271) admite que para fundamentar los valores es suficiente la fe de alguna de las grandes religiones de la humanidad; aparte de que esto no es del todo coherente con su posición, parece poco exacto, ya que hay valores muy importantes que sólo mantiene el cristianismo y no otras religiones. Repetimos que se trata de puntos aislados y que esto no se opone a que nos encontremos ante un libro de notable interés no sólo para los que se dedican a la filosofía de la cultura, sino para todos los intelectuales que sienten la responsabilidad de contribuir a superar la presente crisis cultural.

LUIS CLAVELL

AA. VV., *El método en Teología. Actas del I Simposion de Teología Histórica (29-31 de mayo de 1980)*, Valencia, Facultad de Teología San Vicente Ferrer («Series Valentina», n. 9), 1981, 432 pp., 15 × 23.

El método teológico es un tema complejo, porque se mueve en un horizonte no completamente teológico —que supone siempre un *modus procedendi* previo a su objeto: el método—, pero tampoco absolutamente filosófico, porque lo sobrenatural o suprarrazional exige la connaturalidad de la fe para poder penetrar en ello. Lo peculiar de la ciencia teológica exige que haya en todo momento una adecuación de su modo de proceder con un radical respeto a la fe y a la razón. Una aclaración tan sencilla como ésta, no está de más porque de la realidad mencionada dependen, radicalmente, el método teológico y sus vicisitudes históricas, sobre las que versa el volumen que presentamos, en el que se recogen las Actas del Simposio que, del 29 al 31 de mayo de 1980, tuvo lugar en la Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia, y en el que los participantes procedíamos de casi todas las